

HOMENAJE A LOS DOCTORES

EDUARDO GARCÍA SARMIENTO,
ÁLVARO DAZA ROA Y LUIS XAVIER SORELA CAJIAO
IN MEMORIAN

Por: Álvaro Pablo Ortiz¹



Cuando fallece un rosarista, muere un ser humano que en vida se caracterizó por una sólida formación humanística, por una marcada vocación de servicio, y por una fe inquebrantable en el futuro de Colombia, extensiva a la de su propia alma máter. Tal es el caso de los doctores Eduardo García Sarmiento, Álvaro Daza Roa y Luis Xavier Sorela Cajiao, cuyos decesos –que la comunidad rosarista lamenta en pleno– tuvieron lugar en fechas recientes. En efecto, el primero de los nombrados partió a vivir el tiempo de la eternidad el 3 de marzo de 2009; el segundo, el 5 de abril de 2010, y el último, el 10 de abril del año en curso. Sus ejecutorias profesionales fueron testimonio elocuente y contundente de unas vidas encaminadas a rendirle culto a la inteligencia, al ejercicio de la libertad responsable, a informar para formar, en medio de lo que también fue un consagrado quehacer académico de largo aliento. ¿Cómo no recordar en ese sentido, a ese maestro integral como lo fue el Dr. Eduardo García Sarmiento, quién dictó por décadas diversas cátedras, particularmente la de derecho procesal en la Facultad de Jurisprudencia, del Colegio Mayor del Rosario y en otros centros

universitarios como la Gran Colombia, la Libre, la San Martín y la Universidad Católica?, ¿cómo no recordar la emotiva exaltación, que en su momento hicieron las altas directivas del colegio por su labor docente otorgándole, entre otras distinciones, la de profesor emérito (decreto rectoral nro. 608 de 18 de noviembre de de 1999), la de profesor honorario (Acuerdo 173/2005) y haciéndole merecedor de la orden del fundador (Acuerdo 194/2007)?

¿Cómo olvidar en igual sentido, a ese otro Rosarista ejemplar que fuera el Dr. Álvaro Daza Roa?, quien aparte de haber participado, en el año de 1960, en forma decisiva en la creación y funcionamiento de la Facultad de Economía, fue catedrático y Decano de la misma, así como decano encargado de la Facultad de Filosofía, vicerrector y rector encargado de este Colegio Mayor, que le retribuyó sus valiosos servicios otorgándole la medalla del fundador (Acuerdo 133/2000), entre otras dignidades a las que se

¹ Docente-investigador universidad del Rosario.

hizo acreedor, ¿cómo no transcribir la justa y ponderada semblanza que con motivo de su muerte trazara el doctor Gonzalo Palau Rivas?:

Quiero dejar un testimonio de reconocimiento y agradecimiento a la memoria del profesor Álvaro Daza Roa, fallecido la semana anterior y quien además de distinguirse por su fino y exquisito humor, se destacó por ser uno de los primeros economistas autóctonos que en Colombia a numerosas generaciones de estudiantes alimentó y deleitó con sus vastos y profundos conocimientos en el campo de la teoría macroeconómica, con énfasis en los postulados keynesianos, hoy nuevamente en boga.

¿Cómo no evocar al doctor Luis Xavier Sorela Cajiao, quien a lo largo de sus estudios adelantados en la facultad de jurisprudencia, aparte de su magnífico rendimiento académico, fue líder estudiantil durante las complejas y agitadas décadas de fines de los 60 y principios de los 70? Cómo ignorar que más adelante, obtuvo la dignidad *cum laude* de la universidad la Sorbona de París, en derecho público. Ahora bien, en su condición de abogado litigante, la opinión pública todavía guarda en la memoria la actuación del doctor Sorela, como quiera que fuera el abogado de la parte civil, dentro del sonado expediente por los autopréstamos del grupo grancolombiano, durante la década de los 80. En medio de una avasalladora y recia personalidad, su existencia transcurrió como una voz —plena ella de idealismo— dispuesta a levantarse en el escenario más predecible e impredecible, frente a cualquier manifestación de injusticia. Lo anterior explica que hiciera de la palabra empeñada, de la amistad, y de la lealtad, un credo y un testimonio permanente. Las palabras que pronunció en el aula máxima el 8 de febrero de 2008, durante la ceremonia, mediante la cual un número significativo de estudiantes, incluida su hija Isabel, accedieron al diploma de grado otorgado por la facultad de ju-

risprudencia, son el fiel reflejo de esa marea de alta intensidad, de esa formidable luz de bengala, que fue el doctor Sorela.

Lo cierto es que a pesar de circunstancias históricas en ocasiones muy adversas, aquí, en este centro de estudios, durante siglos se le ha rendido culto a las ideas y a la libertad que permite difundirlas y controvertirlas. El Rosario se nutre del pasado para honrar su compromiso con el futuro. Y el futuro son ustedes.

No es este un discurso político propio de la plaza pública, no. Lo que persigue es demostrar que el Derecho (con *d* mayúscula) no puede limitarse a ser una simple expresión de una realidad sino que debe satisfacer una necesidad. No debemos olvidar que el más desposeído de los hombres podrá soportar pobreza pero que ninguno se someterá ante la injusticia.

Tres rosaristas han fallecido. Sus vidas fueron el resultado de la identificación y adhesión sin transacciones a una escala de valores. Los tres, hicieron de su alma máter un estado de alma. Los tres, creyeron en la noble causa de la democracia, cuyos principios y valores son los mismos que ellos representaron.

Al guardar para siempre, en la memoria, la imagen inalterable de estos hijos del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, a los que las aulas universitarias y la sociedad les debe tanto, no podemos evitar recrear una parte de ese poema que Antonio Machado le dedicara a un amigo entrañable, a un amigo muerto, a un amigo ya “ligero de equipaje”, viviendo a Dios en plenitud: “Un golpe de ataúd en tierra es algo perfectamente serio”.

Paz en sus tumbas